

Cuando Paulina, para chancearse, tarareaba la famosa Marcha de la Muerte, Lázaro gritaba:

—¡Cállate! ¡esas son tonterías!

La misma noche de la visita del carpintero Chanteau fué acometido por un acceso de gota, porque las crisis le repetían casi todos los meses: el tratamiento por el ácido salicíco, que al principio le aliviaba, concluyó por redoblar la violencia de los accesos, y Paulina se encontró clavada por espacio de quince días delante del lecho de su tío.

Lázaro, que continuaba sus estudios sobre la playa, comenzó entonces á llevar consigo á Luisa, para alejarla del enfermo, cuyos alaridos la asustaban; y fuera de la casa, en el campo y á la vista del mar, se mostraba sonriente, encantada del paseo, olvidada del pobre hombre que gemía.

Pasaron así quince días llenos de encantos; primero el joven consideró con sorpresa á su nueva amiga, que gritaba cuando un cangrejo rozaba su botina, y que tenía tal horror al agua que temía ahogarse al saltar por encima de un charco; los guijarros herían sus diminutos pies; no dejaba nunca la sombrilla ni sus manoplas hasta el codo, para no entregar al sol ni el más pequeño trozo de su piel delicada.

Luego, después de la primera sorpresa, Lázaro se dejó seducir por aquella timidez encantadora, por aquella debilidad siempre dispuesta á pedirle protección.....

¡Ah! ¡no era un muchacho aquella que marchaba al lado suyo! Era una mujer, cuyas medias entreveía á favor de los soplos del viento, y entonces hervía la sangre de sus venas.

Y aunque era menos bella que la otra, de más edad y pálida, marchita, había en ella gracia seductora, sus finos miembros se abandonaban suavemente, toda su persona se deshacía en promesas de delicias.

Parecía que entonces la había descubierto súbitamente, no reconociendo ya la muchacha demacrada de otros tiempos. ¿Era posible que largos años de colegio hubiesen formado aquella joven tan alborotada, virgen aún y hastiada del hombre, teniendo la mentira de la educación impresa en sus ojos limpidos?

Y poco á poco se aficionaba á ella con singular complacencia, con pasión perversa, en la cual su antigua amistad de niño se transformaba con sensuales refinamientos.

Cuando Paulina pudo dejar la alcoba de su tío y

se dispuso á acompañar á Lázaro, comprendió en el acto que entre él y Luisa existía un aspecto nuevo, miradas, risas en las que ella no tenía parte; y si se hacía explicar lo que les regocijaba, apenas se reía.

Al principio guardó seriedad casi maternal, tratándolos como aturridos que se burlaban de todo; mas luego se puso triste, y cada paseo era para ella una fatiga.

No se la escapaba queja alguna, y sólo se lamentaba de sus continuas jaquecas; y si su primo la aconsejaba que no saliera, incomodábase mucho, y no se apartaba de él ni aun en la casa.

Una noche, hacia las dos, como él no se hubiese acostado para concluir su proyecto, abrió la puerta de su cuarto, extrañándose de oír gente que andaba; y su sorpresa aumentó al ver á Paulina en enaguas, sin luz, inclinada sobre la barandilla de la escalera, en actitud de escuchar los rumores de los cuartos de abajo.

Ella contó que había creído oír gemidos, y esta mentira dió á su rostro color de púrpura; él también se puso colorado, y sintióse herido por la duda.

Desde entonces, sin otra explicación, había entre los dos un disgusto latente: él volvía la cabeza á verla, y encontraba ridículo que se incomodase por

niñerías; ella, cada vez más sombría, no le dejaba un minuto solo con Luisa, estudiaba sus menores gestos, agonizaba por la noche en su cuarto si les había visto hablarse en voz baja despues de regresar de la playa.

Entretanto los trabajos marchaban: una tanda de carpinteros había clavado ya varias planchas sobre una hilera de pilotes, y acababa de colocar una grada de la presa, como sencillo ensayo y en previsión de una gran marea.

El tiempo, desgraciadamente, era execrable; caían sin interrupción fuertes aguaceros, y todo Bonneville los recibía en sus espaldas por ver clavar la estacada con ayuda de un pesado mazo.

Llegó el día en que se esperaba la gran marea, y desde por la mañana un cielo tan negro como la tinta obscurecía el mar, redoblando la lluvia que anegaba el horizonte en bruma glacial: aquello fué una desolación, porque se había formado el proyecto de ir toda la familia á ver cómo resistían las planchas y los pilotes al ataque de las olas.

La señora Chanteau decidió que ella permanecería con su marido, todavía muy enfermo, y se hicieron también grandes esfuerzos para que Paulina se quedase con sus tíos, porque tenía la garganta irri-

tada, estaba un poco ronca y sentía un ligero movimiento febril por la noche, hacía algún tiempo; pero ella rechazó tales consejos de prudencia, queriendo ir á la playa porque iban Lázaro y Luisa.

Esta Luisa, de tan frágil apariencia, siempre cercana al desfallecimiento, era en el fondo de sorprendente fuerza nerviosa cuando algún placer la aguijoneaba.

Los tres partieron después de almorzar; una ráfaga de viento barrió las nubes, y risas de triunfo saludaron aquella suerte inesperada; el cielo tenía anchos espacios de azul, todavía atravesados por negros nubarrones, y las dos muchachas se empeñaron en no llevar sino sombrillas. ¿Para qué cargarse inútilmente las manos?

Lázaro sólo llevó paraguas, pero él respondía de que, en caso necesario, si los aguaceros volvían á caer, las abrigaría bien en cualquier parte.

Paulina y Luisa iban delante, y como ésta, en la rápida pendiente que conduce hasta Bonneville, diese un paso en falso en la tierra empapada en agua, Lázaro corrió hacia ella y le ofreció su brazo.

Paulina tuvo que seguir detrás de ellos; su alegría de la partida huyó, y sus miradas suspicaces notaron que el codo de Lázaro rozaba con seguida cari-

cia el talle de Luisa..... ¡Ya no vió más que aquel contacto! Todo, menos eso, había desaparecido: la playa y los pescadores del país, que esperaban con ademanes picarescos; el mar que subía; la presa blanca por la espuma.

En el horizonte se agrandaba una barra oscura, un nubarrón que venía con el galope de la tempestad.

—¡Diablo!—murmuró el joven.—Todavía vamos á tener caldo.... Pero la lluvia nos dejará tiempo de ver la gran marea, y nos acogemos después en frente, en casa de los Houtelard.

La marea, que llegaba contra viento, subía con lentitud irritante, y el viento sería tan fuerte como se había dicho; nadie se alejaba mucho de la playa, medio cubierta, funcionaba perfectamente y cortaba las olas que se deshacían en agua hirviente á los pies de los espectadores.

Pero el triunfo mayor fué la resistencia de los pilotes: á cada ola que los cubría, arrastrando al retirarse los guijarros, dejábase oír el ruido que éstos producían al caer y amontonarse al otro lado de las planchas, como si fuese la descarga de una carreta de piedras; y aquel muro que se fabricaba por sí

mismo, era el éxito, la realización de la defensa prometida.

—¡Bien lo decía yo!— gritaba Lázaro.—¡Burlaos, burlaos ahora de mi trabajo!

Mas cerca de él estaba Prouane, que movía la cabeza en señal de duda, diciendo:

—Será necesario ver esto cuando el viento sople de lo alto.

Los otros pescadores callaban; pero en los labios fruncidos de Cuhe y de Houtelard adivinábase que no tenían confianza en la obra; y por otra parte, el pueblo deseado que aquel mar desolador de su aldea hubiera sido enfrenado por aquel farsante *bourgeois*. Los pescadores el día en que la tormenta arrancara los pilotes como si fuesen pajas!

Súbitamente la lluvia arreció, y caían de la negra nube que llenaba ya la bóveda chura del espacio.

—Esto no es nada—repetía Lázaro entusiasmado—nada.... Esperemos todavía un instante.... ¡Mirad, mirad! ¡ni siquiera se mueve una estaca!

Abrió su paraguas, y le colocó sobre la cabeza de Luisa, la cual se arrimaba mucho á él con la actitud de tortolilla asustada, y Paulina los miraba con furor

creciente, sombría, creyendo recibir en su rostro el calor de aquella intimidación.

La lluvia se transformó en torrencial.

—¿Pero qué haces?—gritó Lázaro á Paulina.—

¿Estás loca? Abre siquiera tu sombrilla.

Ella estaba de pie, rígida, sufriendo aquel diluvio que apenas la impresionaba, y respondió con voz ronca:

—¡Déjame en paz! Estoy bien.

—¡Oh, Lázaro!—dijo Luisa desolada.—Hacedla venir aquí, yo os lo ruego.... Cabemos los tres....

Pero Paulina, en su furiosa obstinación, ni aun se dignaba rehusar. Si ella estaba bien, ¿por qué se la incomodaba?

Y cuando él exclamó, harto de súplicas:

—¡Esa imbécil!..... Corramos á casa de Houtelard.

Ella declaró rudamente:

—Corred, si queréis. Hemos venido á ver esto, y yo quiero verlo.

Los pescadores habían huido, y ella quedó bajo la recia lluvia, inmóvil, vuelta hacia los pilotes, cubiertos ya completamente por las aguas, porque aquel espectáculo absorbía su atención, á pesar del polvo de agua en que todo se confundía, un polvo

gris y menudo que surgía del mar, azotado por la lluvia, y no consintió en dejar el puesto sino cuando el viento de Oeste disipó la nube.

Los tres regresaron en silencio, y no dijeron á los Chanteau ni una palabra de la aventura.

Paulina se retiró en el acto para mudarse de ropa, mientras Lázaro contaba á sus padres el éxito seguro del experimento.

Por la noche, en la mesa, tuvo un acceso de fiebre, aunque manifestó que no sufría, á pesar de la incomodidad que experimentaba para pasar un bocado, y aun respondió brutalmente á Luisa, que se inquietaba con ternura por su amiga y la preguntaba en cada momento si estaba mejor.

—En verdad que se ha hecho insufrible por su mal carácter—murmuraba á espaldas de ella la señora Chanteau.—Lo mejor es no dirigirla una palabra.

Aquella noche, hacia la una, Lázaro se despertó al oír una tos gutural, de sequedad tan dolorosa, que él se incorporó en el lecho para escuchar: primero pensó en su madre; luego, escuchando siempre, la caída brusca de un cuerpo en el pavimento, que retemblaba, le hizo saltar de la cama y vestirse rápidamente.

No podía ser sino Paulina el cuerpo que había caído detrás de la mampara....

Con manos trémulas encendió una cerilla, pudo salir, y tuvo la sorpresa de encontrar entreabierta la puerta de enfrente: la joven estaba allí, tendida bajo el dintel, en camisa, con los brazos y las piernas desnudos.

—¿Pero qué es eso?—gritó Lázaro.—¿Te has caído? ¡Habla!

El pensamiento de que ella rondaba aún para espiarle cruzó por su mente; pero ella no respondía, no se movía, estaba como muerta, con los ojos cerrados.

¡Quizá en el momento en que iba á pedir socorro la infeliz había sido acometida de un desmayo, y se desplomó sobre el suelo!

—Paulina, respóndeme, yo te lo ruego.... ¿Dónde te has hecho daño?

Y se bajó hacia ella, alumbrándola el rostro, que estaba muy encendido, como abrasado por intensa fiebre; y el sentimiento instintivo de respeto que le hacía vacilar ante la desnudez de virgen, no atreviéndose á coger en sus brazos aquel cuerpo para conducirle al lecho, cedió, sin embargo, á su inquietud fraternal; y cuando la hubo colocado en la cama,

seguida preguntándola, antes de pensar en cubrirla con las ropas:

—¡Dios mío! Paulina, respóndeme: ¿te has hecho daño? ¿te has herido?

La sacudida hizola abrir los ojos, y aunque no hablaba, miró fijamente á Lázaro, y se llevó una mano al cuello.

—¿Sufres de la garganta?

Y entonces, con voz trémula, difícil, ronca, dijo muy bajo:

—No me hagas hablar, te lo suplico, porque me haría mucho daño.

Y al punto la asaltó un golpe de tos, aquella tos gutural que él había oído desde su cuarto; su rostro se tornó amoratado, y el dolor hizo que los ojos se la llenaran de lágrimas; llevábase ambas manos á su cabeza trastornada, en la cual golpeaban los martillazos de una cefalalgia dolorosa.

—¡Hoy, esta tarde has cogido eso!—murmuró él aturdido.—¡Qué poco razonable fuiste, enferma como ya estabas!

Pero calló al encontrarse con las miradas suplicantes de la niña, que con mano temblorosa buscaba las ropas de la cama.

Él la cubrió hasta la barba, y la dijo:

—¿Quieres abrir la boca para que te mire la garganta?

Ella apenas logró separar las mandíbulas, y acercando Lázaro la bujía, vió con dificultad la parte posterior de la garganta hinchada, reluciente, seca, de vivo color rojo: evidentemente aquello era una angina; pero la fiebre ardorosa y el fuerte dolor de cabeza le espantaban, anunciando la naturaleza maligna de la angina.

El rostro de la enferma expresaba una sensación tan llena de angustia, que Lázaro tuvo miedo de ver que se ahogaba delante de él; porque cada deglución la sacudía con doble fuerza, y un nuevo acceso de tos la hizo perder el conocimiento.

Corrió desolado á romper á puñadas la puerta de la doméstica.

—¡Verónica, Verónica! ¡Levántate!..... ¡Paulina se muere!

Cuando Verónica, asustada y á medio vestir, entró en el cuarto de la señorita, Lázaro estaba jurando y pateando de rabia en medio de la sala.

—¡Qué país de miseria! ¡Aquí se muere uno como un perro! ¡Más de dos leguas para encontrar socorro!

Y dirigiéndose á Verónica, gritó:

—¡Corre..... busca alguna persona que haga venir al Doctor inmediatamente!

La criada se acercó al lecho, miró á la enferma, asustóse al verla tan encendida, más aterrada aún por el creciente cariño que sentía hacia aquella niña, á quien detestaba en los primeros tiempos.

—¡Voy yo!—dijo sencillamente.—Así se hará más pronto..... Que la señora encienda lumbre mientras tanto, por si se necesita.

Y aunque mal despierta aún, se calzó sus gruesos zapatos, echóse encima un chal, informó de lo que acontecía á la señora Chanteau cuando bajó la escalera, y echó á andar á grandes pasos por el largo y fangoso camino.

Daban las dos en el reloj de la iglesia, y la noche era tan oscura, que ella tropezaba en las piedras y en los baches.

—¿Qué es eso?—preguntó la señora Chanteau cuando subió.

Lázaro apenas la respondió: acababa de registrar el armario para encontrar sus antiguos libros de medicina, é inclinado ante la cómoda, hojeando las páginas con dedos trémulos, procuraba acordarse de sus lecciones médicas; pero todo se embrollaba, se confundía, registraba sin cesar los índices, y nada sacaba en limpio.

—Quizá no sea esto sino una fuerte jaqueca—dijo la señora Chanteau, que se había sentado.—Lo mejor será dejarla reposar.

Entonces él se irritó.

—¡Una jaqueca, una jaqueca!..... Escucha, mamá: tú lo que debes hacer es bajar á la cocina para encender lumbre y preparar agua caliente.

—Es inútil incomodar á Luisa, ¿no es verdad?—insistió ella todavía.

—Sí, si, completamente inútil, porque no necesito á nadie..... Ya llamaré.

Cuando se quedó solo, volvió á tomar la mano de Paulina para contar las pulsaciones; eran éstas ciento quince, y él conoció que aquella mano ardiente oprimía la suya, y que la niña, cuyos pesados párpados estaban caídos, concedía con la presión las gracias y el olvido.....

Si no podía sonreír, quería hacerle comprender que lo había oído todo, que se consideraba como dichosa al saber que estaba allí, solo con ella, no pensando en la otra.

Él, por hábito, sentía horror á todo sufrimiento, y huía ante la menor indisposición de los suyos, siendo mal enfermero, «porque no tenía seguros sus nervios (solía decir) y temía estallar en sollozos»; así es que

ella experimentaba sorpresa y gratitud en viéndole á su lado.

La presión ardorosa de aquella mano le trastornó, y quiso tranquilizarla.

—Eso no es nada, querida mía, y el doctor Cazenove estará aquí bien pronto..... sobre todo, no tengas aprensión.

Ella no abrió los ojos, pero murmuró con voz apagada:

—¡Oh, no tengo aprensión!.... Lo que me causa pena es lo que te incomoda.

Y en seguida, con acento más apagado todavía, ligero como un soplo, añadió:

—¿Me perdonas? ¡He sido hoy tan mala!

Inclinóse él, y la besó en la frente, como á su mujer, y apartóse al punto, porque las lágrimas le ahogaban.

Concibió la idea de preparar una poción calmante mientras llegaba el médico, y á propósito estaba allí la farmacia casera de la muchacha, en un estrecho armario, y si bien temió equivocarse, leyó las etiquetas de los frascos y echó varias gotas de morfina en un vaso de agua azucarada; mas cuando la enferma tomó la primer eucharada, su dolor fué tan vivo que Lázaro titubeaba cada vez que tenía que darle otra.

Su espera fué horrible: cuando se lamentaba de verla sufrir tanto, sintiendo sus piernas vacilantes por estar largo tiempo de pie delante del lecho, volvía obstinadamente á sus libros, creyendo que allí habría de encontrar el caso y su remedio. ¿Será acaso una angina diftérica? ¡Pero si él no había observado falsas membranas en los pliegues posteriores del velo del paladar!

Y se obstinaba en leer la descripción y el tratamiento de la angina diftérica, perdiéndose en el desfile de largas frases cuyo sentido no conocía, como niño que aprende de memoria una lección oscura, hasta que un quejido penoso le llamaba otra vez cerca del lecho, donde iba, estremeciéndose, con la cabeza henchida de palabras científicas y sílabas rudas que excitaban su ansiedad.

—¿Qué tal?—preguntó la señora Chanteau, que había subido muy callando.

—Lo mismo—respondía él.

Y añadía, irritándose:

—¡Qué médico! ¡Esto es espantoso! ¡hay tiempo para morir veinte veces!

Como las puertas estaban abiertas, Mateo, que dormía bajo la mesa de la cocina, subió la escalera aguijoneado por su manía de seguir á las gentes á

todos los cuartos de la casa, y lleno de alegría quiso brincar al lado de Paulina, como animal inconsciente de las penas de sus amos.

Mas Lázaro, exasperado, le arrimó un tremendo puntapié.

—¡Vete de aquí, ó te estrangulo! ¿No ves lo que haces, imbécil?

Y el perro, aturdido de ser castigado, fué á esconderse humildemente debajo del lecho, mientras la señora Chanteau, indignada por aquella brutalidad, se volvió á la cocina diciendo secamente:

—Cuando quieras el agua hirviendo, ya está preparada.

Lázaro la oyó gruñir, mientras bajaba la escalera, que era repulsivo pegar así á un pobre animal, y que tal vez la pegaría también á ella si permaneciese más tiempo en aquel cuarto; y él, que adoraba de rodillas á su madre, hizo un ademán de loca irritación.

En cada momento volvía la cabeza para mirar á Paulina, quien, dominada por la fiebre, parecía en profunda postración, y en el silencio medroso del cuarto sólo resonaba el quejido de su aliento, semejante al estertor de una persona que agonizaba.

El miedo le embargó, un miedo irreflexivo, absurdo; creía que la enferma se ahogaba si no venían

pronto los socorros; daba vueltas por el cuarto, mirando á cada paso al reloj; seguía á Verónica á lo largo del camino de Arromanches, en la obscura noche: ahora pasa por el bosque de pinos, ya llega al puentecillo, pronto ganará cinco minutos bajando por la cuesta á la carrera.....

Y entonces, la necesidad violenta de saber algo, le hizo abrir la ventana, aunque nada pudiera distinguir en el abismo de las tinieblas.

Una luz sola brillaba en el fondo de Bonneville: sin duda el farolillo de un pescador que iba hacia el mar..... ¡Era aquello una tristeza lúgubre, un abandono inmenso en el que suponía que la existencia se apagaba!

Cerró la ventana, y en seguida volvió á abrirla, y otra vez la cerró con violencia.

La noción del tiempo se le extraviaba, y asombróse de oír sonar las tres..... ¡Ah! El Doctor ya habría mandado enganchar, y el cabriolé correría por el camino solitario, agujereando las sombras con su ojo amarillo.....

Y Lázaro estaba tan embrutecido por la impaciencia, ante la sofocación creciente de la enferma, que se estremeció sobresaltado cuando, hacia las cuatro, oyó en la escalera un ruido de pasos precipitados.

—¡Ah, sois vos!—gritó.

El doctor Cazenove mandó encender otra bujía para examinar á Paulina; Lázaro tenía una, y Verónica, despeinada por el viento y embarrada hasta los hombros, aproximaba la otra; la señora Chanteau miraba; la enferma, soñolienta, no pudo abrir la boca sin exhalar gemidos y ayes.

El doctor, inquieto á su llegada, cuando volvió á echar dulcemente la cabeza de Paulina en la almohada, avanzó al medio del cuarto, con aspecto más tranquilo.

—¡Esta Verónica me ha hecho coger un miedo tan grande!—murmuró.—Según las cosas extravagantes que me contaba, creí encontrar un envenamiento..... ¡Como que me he llenado de drogas los bolsillos!

—¿Es una angina, verdad?—preguntó Lázaro.

—Sí, una angina..... No hay peligro inmediato.

La señora Chanteau hizo un gesto de triunfante asentimiento, como para indicar que ella lo sabía de antemano.

—¿Que no hay peligro inmediato?—repitió Lázaro con temor.—¿Es que teméis complicaciones?

—No—respondió el médico, después de alguna vacilación;—pero con estos endiablados males de

garganta, nunca se sabe lo que podrá acontecer.

Y declaró que nada tenía que prescribir, porque deseaba esperar á la mañana antes de sangrar á la enferma.

Luego, como el joven le instase para que procurara aliviarla, recetó unos sinapismos: Verónica subió una jarra con agua caliente, y el médico aplicó las hojas humedecidas, haciéndolas deslizar á lo largo de las piernas, desde las rodillas hasta los tobillos.

Sin embargo, aquel remedio no fué sino un sufrimiento más, porque la fiebre persistía y la cefalalgia era insoportable.

Hallábanse también indicados gargarismos emolientes, y la señora Chanteau preparó una decocción de hojas de zarza, que hubo de abandonar desde la primera tentativa, porque el dolor hacía imposible todo movimiento de la garganta.

Eran cerca de las seis cuando el médico se retiró.

—Volveré á mediodía—dijo á Lázaro en el pasillo.—Tranquilizaos, porque no hay en este caso más que el sufrimiento.....

—¿Pero no es nada el sufrimiento?—gritó el joven á quien indignaba aquel mal.—¡No se debía sufrir!

Cazenove lo miró, y levantó la mirada al cielo